





CARLOS EL LECTOR



Carlos Decker-Molina

CARLOS EL LECTOR



Primera edición: julio de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Decker-Molina

© Fotografía autor: Sergio Albornoz

ISBN: 978-84-16824-44-1

ISBN digital: 978-84-16824-45-8

Depósito legal: M-17278-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la memoria de José Decker Morales, mi padre.
y Manuel María Molina Olivares y Juana Valle Porcel,
mis abuelos maternos.
Y a Silvia, mi madre, que le habría gustado leerme.*



Agradecimientos

A María del Rosario, inspiradora de mis lecturas.

A Alberto Suazo, por sus atinadas sugerencias.

Un agradecimiento especial a María Obligado, la brújula del texto, sin su ayuda esta obra no habría sido posible.



Los que pueden leer, ven doblemente mejor.
MENANDRO (poeta) 300 a.C.



ÍNDICE

Agradecimientos.....	9
1. La mañana del 16 de junio.....	15
2. Aprendiendo a leer y morir.....	17
3. ¿Qué es la lectura?.....	23
4. Obreros escuchando.....	29
5. Las criadas.....	35
6. Marica.....	41
7. Se lee para olvidar o tergiversar.....	47
8. Una lectura pública.....	55
9. La censura y los censores.....	63
10. La censura en Parotani.....	77
11. La autocensura.....	79
12. El miedo y la represalia universal.....	83
13. El telegrama.....	89
14. El secreto profesional.....	93
15. El desconocimiento y los prejuicios.....	97
16. Los que leen figuritas.....	105
17. Las otras lecturas.....	109
18. La huida de K.....	115
19. Los cuentacuentos.....	121
20. La maleta de los inmigrantes.....	129
21. ¿Quién es?.....	137
22. Los libros subrayados.....	145
23. El desencanto.....	153
24. El loco y <i>El Capital</i>	171
25. Las lecturas en sueco.....	177
26. La memoria.....	187

27. Los libros permanentes	201
28. Los libros que se esgrimen	205
29. Kafka	213
30. El colonialismo y una patología personal	221
31. La regresión	229
32. La Navidad de Ramona	237
33. La conspiración.....	245
34. La despedida.....	251
35. La gran decisión.....	255
36. El réquiem.....	271
Escritores, poetas y periodistas citados o mencionados en el libro ..	279

La mañana del 16 de junio

El poema aquel que me regaló fue la constatación de nuestra amistad. Estaba impreso en un papel que había perdido sus tonalidades originales. Me aclaró que el autor del poema era un amigo suyo. Le dije que no leía español, pero le agradecí el gesto y me quedé con el folio en la mano. Al notar mi aturdimiento, se paró frente a mí y recitó el poema de memoria.

Debo confesar que el ímpetu de su declamación abrió la rendija de mi curiosidad y me incitó a profundizar el español que había aprendido en mis años de estudiante. Él solía corregirme la pronunciación y me daba ánimos: «La mejor manera de “entrar” en un idioma es memorizar un poema, en el empeño de averiguar su contenido se aprenden los matices ocultos de la cultura. Una lengua no es una colección arbitraria de letras». Cuando lo vi tambalearse antes de que cayera al piso me vino a la memoria aquel viejo poema:

*Esta no es mi casa;
mi casa tiene altos ventanales
y un árbol de ramas jóvenes
limpiando celosías de lluvia
en sus cristales.¹*

Conocí a Carlos en el gimnasio de la Sveavägen de Estocolmo, donde iba a entrenar tres veces a la semana en un horario asombroso. Lunes, miércoles y viernes a las seis y media de la mañana lloviera, nevara o hiciera calor. Los amigos que acudíamos a la misma hora lo llamábamos «el Lector» porque llegaba a las 6, es decir, media hora antes del primer

1 Primera estrofa del poema *Mi Casa* del boliviano Alberto Guerra Gutiérrez.

pase de gimnasia aeróbica, para tener tiempo de leer. El viernes, día en que cambiaba la gimnasia por los aparatos y las pesas, llevaba consigo el mismo volumen de la semana, que leía mientras precalentaba en una bicicleta fija. A la hora de la sauna nos comentaba sus lecturas y con un tono de abuelo bueno nos sugería: «No hay peor analfabeto que el que no quiere leer».

Esta mañana contó que terminó de leer *Nieve*², no advertí nada irregular en él, por eso es que me sorprendí cuando lo vi tambalearse a la salida de la sauna. Estaba desnudo, su piel morena había adquirido una tonalidad amarillenta que hacía suponer que la sangre no circulaba como debía, se sentó en un sillón puesto sobre una alfombra como buscando seguridad ante la inminente caída, una moqueta de color verde lechuga era siempre mejor que el piso de azulejos. Me pareció que buscaba mi mirada como pidiendo auxilio, abría sus ojillos asiáticos perdidos en los pliegues del rostro, su mirada estaba nublada por el miedo. Cuando me volví para preguntarle si algo malo le pasaba, cayó como un bulto. Quedó tirado en la alfombra, de donde sobresalía su cuerpo moreno como una letra mal escrita sobre ese verde vulgar. Sentí que respiraba con ronquidos intermitentes, advertí que se había meado y me acerqué a su oído para preguntarle si necesitaba ayuda. Me miró con ojos de asombro como si volviera de un viaje largo, volvió a cerrar los ojos y quedó como dialogando con alguien, tal vez consigo mismo. Me pareció que respirar lo llenaba de dudas.

En esos segundos mi cerebro se portó como el de un imbécil, pues en lugar de impulsarme a llamar a una ambulancia me recordó su respuesta a mi pregunta sobre la razón de sus lecturas: «Leo porque no estoy seguro de saber quién soy».

2 *Nieve*, novela de Orhan Pamuk. Ed. Alfaguara.

2

Aprendiendo a leer y morir

Se había meado en otra ocasión en una cárcel de Salta cuando los militares de la Operación Cóndor lo sometieron a un simulacro de fusilamiento, tema del que no hablaba mucho porque sentía vergüenza por haber mojado sus pantalones, y hasta por haber salido con vida en tiempos en que lo común era morir. Su familia se enteró del hecho después de muchos años de silencio. El mutismo fue justificado con la frase: «Mis fantasmas son intransferibles y me niego a que me tengan lástima».

La primera vez que lo sacaron de su casa era la hora del almuerzo, pero la segunda —de la que más recuerda— fue al amanecer y, a pesar de la capucha que no le permitía ver, sintió que en el piso de la furgoneta rodaban unos extraños compañeros de viaje, tanteó con los pies y descubrió que se trataba de libros. En medio del dramatismo del momento comenzó a reírse porque sus compañeros de prisión eran libros. Los llevaban presos por libros y por lectores. Un golpe duro en el costado le hizo doblarse en dos y respirar el mal aliento de la realidad. Lo acometió la desesperación cuando pensó en su mujer e hijos, y una pena inmensa por no haber terminado *El corazón de las tinieblas*³, que nunca más intentó leer.

Según sus charlas semanales a la hora del desayuno —pues el pequeño grupo que rodeaba al Lector decidió desayunar los viernes en una cafetería de las cercanías—, la lectura está íntimamente ligada a su

³ *El corazón de las tinieblas* (*Heart of darkness*) es el título de una novela corta de Joseph Conrad. Ambientada en África, está hasta cierto punto inspirada en los seis meses que Joseph Conrad pasó en el Congo colonizado y devastado por el rey Leopoldo II de Bélgica. Hoy es probablemente la obra más conocida de Conrad.

vida: «desde que aprendí el “arte” en sesiones tempranas, gracias a una tía profesora del Instituto Americano de Cochabamba (Bolivia)». Ella fue quien le enseñó a leer cuando tenía cinco años. Desde los cinco a los ocho años odiaba la lectura porque implicaba una obligatoriedad, hasta que poco a poco descubrió su poder. Hoy, más de 69 años después de aquel episodio infantil que comenzó con el libro de lectura *Abejitas*, sigue leyendo, no solo antes de los aeróbicos sino profesionalmente. Es decir, recibe un salario por los audio-libros que le encargan o, quizá mejor, le encargaban. La otra profesión de Carlos el Lector es el periodismo. Se le entrecruzó con la radio, donde ejerció un tipo de lectura pública.

«Quiero escribir un ensayo sobre la lectura», dijo alguna vez y mencionó varios libros que habían sido fuente de su inspiración: *Om konsten att läsa och skriva* de Olof Lagerkrantz⁴, *Cómo hablar de los libros que no se han leído* de Pierre Bayard⁵, *En historia om läsning* de Alberto Manguel⁶, *La biblioteca de los libros perdidos* de Stuart Kelly⁷, *Nadie acabará con los libros* de Umberto Eco y Jean-Claude Carrière⁸, *Böckerna som formade Hitler*⁹ de Timothy W. Ryback y, finalmente, *El último lector* de Ricardo Piglia.

Nos recaló que a sus fuentes de inspiración les falta algo. El ensayo de Lagerkrantz, por ejemplo, es para los lectores suecos, un país donde no hay analfabetos, un país en el que según las estadísticas es donde más se lee per cápita. El de Pierre Bayard es un ensayo estimulante sobre el significado de la lectura. Bayard desenmascara uno de los tabúes sociales más extendidos: opinar sobre libros no leídos. El autor francés asume con naturalidad la condición de no-lector porque por mucho que uno lea, habrá siempre lecturas pendientes. Lo interesante del libro es que su autor convierte la vergonzante no-lectura en el núcleo mismo de la lectura. Umberto Eco sintetiza muy bien: «Bayard no está tan interesado en que la gente lea los libros de otros como en el hecho de que toda lectura (o no-lectura, o lectura imperfecta) con-

4 El libro *Sobre el arte de leer y escribir* del sueco Lagerkrantz no tiene traducción al español.

5 El original está escrito en francés.

6 *Una historia sobre la lectura*. El original está escrito en inglés.

7 Originalmente escrito en inglés.

8 *Nadie acabará con los libros* es un diálogo improvisado de 263 páginas cuyo título original es en francés.

9 *Los libros que formaron a Hitler*. El original es en inglés y fue lanzado simultáneamente en los Estados Unidos y Canadá.

tenga una dimensión creativa y en que, con todo libro, el lector ponga siempre algo de su parte».

El texto de Kelly se ocupa de los libros perdidos que, de haber sido recuperados, habrían cambiado el contenido de algunas historias importantes; ¿acaso las fábulas de Esopo son solo ecos de los recuerdos, o quizá inventos, que Platón escuchó a Sócrates? La historia dice que, mientras esperaba su ejecución, Sócrates escribió unas versificaciones de las fábulas de Esopo que nunca vieron la luz, por lo que jamás fueron lectura. El de Eco y Carrière es un diálogo erudito y la confirmación del anhelo de que el libro no desaparezca a pesar de la era cibernética, es decir, es un invento que ha superado la prueba del tiempo, como la rueda o la cuchara, quizá sus hojas no sean de papel, pero seguirá siendo libro.

El volumen de Manguel es inspirador a todas luces, escrito además en un tono amistoso que conduce por los laberintos históricos de la lectura como si se tratase de un agradable paseo por un templo construido con libros. Manguel nos conduce con la facilidad del hombre inteligente y la seguridad de su paso amable y devoto por las amplias avenidas de la lectura. Es un elogio a la lectura y al libro. El texto de Ryback confirma algo que el prologuista de Lagerkrantz en la reedición de 2010 dice de una manera sencilla: «Él (Lagerkrantz) observó las frases sin contenido y los ideales falsos. Ninguna razón hay para afirmar que el lector de poesía sea una mejor persona que un campesino que jamás ha leído un libro». Y cita luego al escritor sueco: «Justo en el instante en que se clasifica la lectura como algo “fino” se avecina la catástrofe»¹⁰. A Hitler, que tenía más de diez mil libros, lo educaron sus circunstancias, y algunas de sus elecciones bibliográficas le confirmaron sus asertos pensados de antemano. La lectura no obra como las medicinas, no garantiza la curación de ningún cáncer social o político, económico o cultural, pero sigue siendo el más importante vehículo de aprehensión del conocimiento. Ricardo Piglia, a su turno, nos pregunta: «¿Qué es un lector? ¿Qué le sucede mientras lee?».

Lo que Carlos el Lector no encontró en las fuentes de su inspiración fue la lectura en un país con una mayoría de analfabetos, o la lectura

10 «Han genomskådar floskler och falska ideal. Ingenting får honom att tro att poesiläsaren är en bättre människa än lantbrukaren som aldrig läser en bok». «I samma ögonblick det blir klassat som fint att läsa... är katastrofen nära.» Textos traducidos del sueco al español por el autor.

entre los analfabetos del postindustrialismo que pululan las barriadas citadinas en países de lengua diferente. Además, tiene un grado muy alto de estima personal y quiere contar su historia como lector. Pienso que ese era el motivo principal de su intento ensayístico.

Antes de la llegada de la ambulancia, Carlos el Lector intentó sentarse y volvió a caer en la alfombra verde, pidió sus lentes porque «no les veo bien», lo tapamos con su toalla colorinche de origen guatemalteco, que no le gustaba a su mujer, y se volvieron a escuchar sus ronquidos. Se estaba internando en los recovecos de su propia memoria. Su cerebro estaba siendo atacado por ráfagas de recuerdos que se entrecruzaban en el tiempo, a veces parecía que fuera dos o tres personas, quizá en ese momento fuera la tercera persona de un mismo ser. Cambió de posición y la ambulancia no llegaba...

No es su primer desmayo (¿o «muerte»?). En una escuelita de Parotani, sus compañeritos, la mayoría hijos de obreros y campesinos, lloraron su muerte cuando vieron caer su cuerpecito al piso un día que se celebraba algún fasto patrio. Murió otra vez un 21 de agosto de 1971. Alguna vez vi el recorte de *El Diario de La Paz* en el que se publicaba la noticia, lo tenía como un amuleto en su gastada billetera. Volvió a morir en una prisión de Salta. Solía decir que su verdadera muerte sería de buena salud. Sobre el exilio, que es otra variante de muerte, decía que se puede convertir en algo llevadero y hasta placentero, pero nunca deja de ser aquel estado de ánimo que anida el alma atormentada del afuerino.

Carlos el Lector fue perseguido por policías políticas de varios países, por eso alguna vez había quemado libros, y ese hecho mortificaba su conciencia. En 1973 en Chile, para evitar que sus libros lo delataran, y por la misma razón en 1976 en Argentina. En esa década los libros eran señas de identidad más certeras que las cédulas o pasaportes. Mientras Carlos el Lector quemaba su biblioteca en Santiago, su hermano Iván sepultaba la suya en su jardín de Antofagasta con la peregrina idea de desenterrarla alguna vez. Carlos el Lector tiene un relato basado en la experiencia de su hermano en su libro *Sobrevivientes*.

En una charla sobre la lectura dijo que un texto tiene un autor que quiso decir algo que no siempre coincide con «el algo» de los lectores.

Citó a Alberto Manguel, que se pregunta: «¿qué significa realmente la palabra “salir” o el vocablo “casa”? Para tener un mínimo de aproximación a lo que quiso decir el escritor, el lector debe saber por qué el autor escribió esa palabra, o conocer la historia detrás de ella...». Carlos el Lector terminó su plática diciendo: «La vida de las personas es lo mismo, una es la que se vive en primera persona y otras las vidas que suponen has vivido quienes te rodean. Yo quiero enseñarles mi lado lector y nada más, las otras vidas importan menos».



3

¿Qué es la lectura?

Desde el punto de vista técnico, es una habilidad con características muy desarrolladas. Es la suma de varios momentos psicológicos que suelen ejercitarse a temprana edad, por eso alfabetizar a un adulto resulta siempre más complicado, no solo por razones técnicas sino también psicológicas; teniendo en cuenta, además, que los implementadores piensan más en los réditos políticos que en la lectura de libros. En el proceso de alfabetización suele aparecer la palabra «fusil» como más importante que la palabra «diálogo».

Luego de 15 años de estudios, los neurólogos suecos Martín Ingvar y Karl Magnus Petersson del Instituto Carolino han concluido que los cerebros de los analfabetos y de los letrados se diferencian. Los primeros tienen dificultades para recibir información verbal y para comprender imágenes abstractas, en tanto que en los letrados, gracias a la plasticidad del cerebro, la lectura desencadena cambios y «mejora» algunas funciones importantes del cerebro. De ahí surge la preocupación de los científicos por la pérdida de interés de los jóvenes en la lectura. Con la incorporación de los medios sociales, los cerebros de la juventud se están acostumbrando a leer textos cortos y fáciles en perjuicio de la lectura de comprensión de textos más difíciles que ayudan al desarrollo del cerebro. La lectura es la expresión del milagro del lenguaje representado por signos, comparable con la percepción visual que recolecta imágenes que luego se convierten en palabras dichas o escritas.

Las letras, sobre todo las vocales, convocan sonidos; por ejemplo, las cinco vocales del español implican cinco sonidos, que se vuelven ocho en sueco porque ese es el número de vocales que tiene este idioma, en

tanto que en árabe son solo tres, pero con formas cortas y largas. No hablo árabe, pero conozco algunas palabras y elementos, pues he viajado por todo el Oriente Cercano en misión periodística, que es cuando uno debe aprender, por lo menos, a decir «hola», que en árabe es *mar-haba* y en turco es *merhaba*; *talib* quiere decir «estudiante» y *taliban* es su plural. *Shukran* es «gracias», *aasef* quiere decir «disculpe». *Ahlan was sablan* equivale a «bienvenido», *sabaaH al-Kahair* es «buenos días», *As-salaamou Malikoum* significa «la paz sea contigo» y la respuesta «que contigo sea la paz» es *Wa Malikoum as-salaam*.

Retornemos a la técnica de la lectura. No leemos letra a letra sino por bloques completos de letras. ¿Bloques? Realmente son palabras. Una lectura profesional se distingue de la otra porque en su tarea de reconocimiento se detiene en las formas típicas, globales de cada palabra, y se suele leer el próximo renglón mientras se está entonando el inmediatamente anterior, de esa manera se interpreta el conjunto. Hay una convención gráfica muy importante en el ejercicio de la lectura. Lo que el oído percibe es un flujo sonoro ininterrumpido. Esa convención gráfica es el espacio en blanco entre las palabras, parece algo obvio pero no lo es. Un ejemplo ayudará a reafirmar lo dicho: «Cultivounarosablancaenjunio como en enero para el amigo sincero que me da su mano franca». Escrito así, no reconocemos el verso de José Martí, la convención gráfica nos permite entender, apreciar y sobre todo leer: «Cultivo una rosa blanca en junio como en enero para el amigo sincero que me da su mano franca».

Posiblemente hasta el siglo IV d.C. se leyó en voz alta. La lectura en silencio —como la de hoy— no era común, debía ser que leer en silencio era menospreciar la audiencia de Dios, quizá por eso aquella abuela de Parotani rezaba en voz alta y cuando pedía perdón al Todopoderoso llegaba a gritar, aunque con templanza. Me atrevo a escribir esta suposición basándome en un pasaje de las *Confesiones de San Agustín* (siglo IV d.C.) que narra, no sin asombro, su sorpresa cuando encuentra a San Ambrosio leyendo en soledad «y en completo silencio»¹¹.

—En la escuelita de Parotani tuve compañeros quechuas que murmuraban al leer —nos dijo Carlos en alguno de nuestros desayunos—,

11 Libro V: San Agustín tenía 29 años cuando enseñaba retórica en Cartago, luego de su decepción de Fausto, un obispo al que califica de ignorante y maniqueo; después de una enfermedad se fue a Milán a enseñar retórica, fue ahí donde conoció a San Ambrosio, que lo introdujo en la doctrina católica.

algunos otros practicaban la llamada «subvocalización». Según algunos teóricos de la lectura, ni los unos ni los otros interiorizaban la conversión directa de texto en significado, por lo tanto eran lectores defectuosos y poco hábiles, quizá porque no fueron alfabetizados en su lengua original; sin embargo, había sobre todo niñas que leían con fluidez y comprensión.

»Según otros autores, la subvocalización no estorba la comprensión; los psicólogos creen que sin la subvocalización no existe la posibilidad de leer y justifican su opinión por el rol tan importante que juega el componente fonético al identificar las palabras. Personalmente, aprendí a leer el castellano con el método fonético¹². Mi aprendizaje del sueco se produjo en plena adultez y con el método Assimil, es decir, se escuchan diálogos y se «lee» al mismo tiempo, evitando la traducción mental a la lengua materna. Así es cómo los niños aprenden a hablar, repitiendo lo que escuchan; en la adultez es un proceso insufrible pero efectivo. Mi primera frase fue: *Jag heter María och kommer från Haparanda*, que quiere decir: «Mi nombre es María y soy de Haparanda». La gramática sueca es más sencilla que la castellana. La vocalización es más complicada porque las ocho vocales, que son ocho sonidos, se convierten en 16 debido a que una vocal suena de manera diferente si está al lado de una consonante que si está al lado de dos.

Cuando Carlos el Lector calló, recuerdo que alguno de los amigos le preguntó si aquello no era un ensayo de algún discurso público. Su risa hizo desaparecer sus pequeños ojos, agradeció la audiencia y sostuvo que estaba ensayando una conferencia sobre la lectura que iba a ofrecer al cabo de unos días, a la que nos invitó. A esa conferencia asistimos algunos de sus amigos y conocidos para continuar enterándonos de sus puntos de vista sobre la lectura:

—El aprendizaje de la lectura en cualquier idioma es un proceso complicado que no siempre deviene en lectura de libros. No tengo problemas al leer libros en sueco. Es más, la lectura en voz alta es, a todas luces, beneficiosa, entre otras cosas para afinar la pronunciación, pero no sería capaz de grabar una lectura mía para un audiolibro en sueco debido a mi sonsonete latino. Alguna vez leí un texto porque el sonsonete latino se adecuaba al contexto publicitario. Lo mismo me pasa en inglés.

¹² El padre del método fonético es Jan Amos Comenius (1592-1670), que publicó *Orbis Pictus* («El mundo en imágenes»).

»Existen varias fuentes que aluden a los beneficios de la lectura en voz alta, pero la más moderna es la del neuropsiquiatra japonés Ryuta Kawashima, uno de los partícipes de la creación del videojuego de Nintendo *Brain Training*. Kawashima dice que la lectura en voz alta produce mayor actividad en ambos hemisferios cerebrales, este beneficio es algo colateral para los fines que persigue esta conferencia, que tiene más bien que ver con la recepción y transmisión cerebral de la lectura en voz alta. El cerebro asimila un texto de dos maneras: a través de la lectura hace el esfuerzo visual que luego almacena y el cerebro actúa como lector-escucha, no es el mismo esfuerzo que el visual, es más delicado porque la escucha puede ser interferida por algún otro ruido o por la aparición de una imagen mental que distrae.

»Hay seis momentos importantes en el proceso de la lectura. La evolución comienza cuando las células sensoriales del ojo registran las letras. Los ojos observan los detalles a través de una pequeña profundidad en la retina que se llama fovea y que está llena de conos sensibles de luz. Por eso los ojos se mueven todo el tiempo sobre el texto. La imagen se convierte en impulsos eléctricos que son enviados a la corteza visual. El segundo momento se produce en la corteza visual, que está en la parte posterior del cerebro, cuando interpreta la impresión visual y envía la información a la próxima estación: la red del habla. La tercera fase se produce en el límite entre el lóbulo occipital y el lóbulo temporal, donde se encuentra el área de formación de las palabras. Debe funcionar bien para poder decodificar el texto y que la lectura sea fluida. La cuarta etapa se da en el *gyrus angularis*, es allí donde las letras se convierten en palabras. El quinto momento se produce en el área de Wernicke del centro de comprensión junto al sexto periodo, que tiene lugar en el área de Broca, una zona ubicada en el lóbulo izquierdo. Es donde se elabora el lenguaje, tanto el que se manifiesta hablando como aquel que se «escucha» en silencio¹³.

»El oyente escucha el mensaje siempre que le despierte interés, la primera condición es que el lector tenga empatía con el contenido de una lectura vívida. Por ejemplo, se puede concitar la atención de un conglomerado de iletrados siempre que la lectura tenga rasgos informativos, dramáticos o curiosos. Las novelas o los cuentos leídos

13 Martin Ingvar, Instituto Carolino de Estocolmo, Suecia.

suelen ser seguidos con atención, es la manera primaria de despertar el interés por la lectura propia cuando los oyentes son letrados pero perezosos en la lectura de libros. Aún no se ha descubierto el gran beneficio de los audiolibros (novelas y otros textos leídos profesionalmente por artistas de teatro o *speakers* especializados en la lectura interpretativa de libros), sobre todo en los países con un gran número de analfabetos o semianalfabetos. En Suecia, un país sin analfabetos, los audiolibros tienen un buen mercado, además, *Radio Suecia* tiene espacios de lectura de novelas y cuentos que disfrutan de una audiencia masiva, a pesar de ser un país de lectores. El principio es simple: si no se puede leer el parnaso universal se puede escuchar, corriendo el riesgo de que no se recuerde el texto tal cual fue leído, pero tampoco los lectores profesionales recuerdan «tal cual» el texto. Lo importante de la lectura es abrir el diafragma del conocimiento, que se va ensanchando a medida que se avanza más en la lectura; es el oxígeno que necesita el ser para ser humano.

Cuando Carlos el Lector hizo una pausa, extrañé el timbre de su voz. La verdad es que es alguien que sabe «decir», el timbre metálico de su voz y las diferentes inflexiones hacían de su charla un monólogo teatral:

—Un hermoso amanecer en Amán, capital de Jordania, Gabriel Afram¹⁴ —asirio, colega periodista y ex seminarista de la iglesia ortodoxa— me relató sobre la lectura de textos sagrados, a propósito de haber escuchado la voz del imán convocando a la oración islámica. Me dijo: «En el islam no solo es importante la lectura en voz alta de los textos sagrados. En el islam es muy importante cómo se lee y cómo se escucha un texto sagrado». Gabriel hizo alusión a unas reglas sobre el carácter de la lectura sagrada que regulan la transmisión del contenido sagrado. Añadió, en su calidad de cristiano de la iglesia sirio-ortodoxa, ex seminarista y estudioso de la religión, que todo texto sagrado debe ser leído lentamente, con claridad, con fuerza y, sobre todo, con convicción porque se trata de la palabra de Dios.

»Alberto Manguel cita a Abu Hamid Muhammad al-Ghazali, autor de las reglas para estudiar el *Corán*: una parte del acto sagrado es la lectura y la otra la escucha del texto y esa lectura debe ser en voz alta para concitar la atención del feligrés. No es extraño, pues, que en la Edad Media se pidiera a los oyentes «poner atención» a los relatos, la costum-

14 Gabriel Afram es periodista, poeta, escritor y exseminarista. Autor del más completo diccionario de sueco-araméo-sueco.

bre era leer en voz alta. Si el lector de textos sagrados debía ajustarse a las reglas de su iglesia, el lector común de la actualidad corre algunos riesgos, sobre todo aquel que lee en voz alta o recita poesía, porque algunas veces no dice lo que el autor quería transmitir. Al poeta le pasa lo que a los personajes de Pirandello¹⁵ que salen a buscar un autor; a veces el poeta, igual que el personaje de la obra del premio Nobel italiano, no se siente bien interpretado, alguna vez se ha escuchado decir: «Está bien leído, pero parece un texto ajeno y no mío».

»Confieso que he preferido escuchar los versos de Pablo Neruda leídos por algún profesional o recitados por algún artista que dichos por él. Leídos por él eran sonnetes que no le pertenecían, no creo que Neruda estuviera conforme con su propia lectura. Por esta experiencia y otras similares, estoy absolutamente convencido de que los textos literarios se convierten en dos: uno es el texto del autor y otro es del que lo lee.

Calló, hizo una venia y los aplausos robaron el silencio de la sala. Recuerdo que era un día otoñal atiborrado de colores, Carlos el Lector estaba de espaldas a un ventanal desde donde se divisaba un pequeño lago artificial, de pronto, el abigarrado grupo de estudiantes se paró y siguió aplaudiendo, algunos se levantaron para intentar algunas preguntas, muchos querían averiguar quién era el personaje que se escondía tras el conferenciante.

Lo vuelvo a mirar y el que estoy viendo parece otra persona, quizá porque aún sigue tendido en la alfombra verde esperando a la ambulancia.

15 *Seis personajes en busca de autor*, es la obra más famosa de Luigi Pirandello, dramaturgo italiano y Premio Nobel de Literatura en 1934.